



NICOMEDES GUZMAN, EL DE LOS LIBROS ANDRAJOSOS Y DESLUMBRANTES

VOLODIA TEITELBOIM*

la puerta.

El país pasaba a otro capítulo. La profundidad del proceso llegó hasta el pueblo. Se inició el rescate del tesoro sumergido en el fondo de las aldeas. Era la voz de la tierra, que entonces comenzó a rescatarse saliendo de la garganta iletrada de las viejas cantoras. El renacimiento o reconocimiento de la melodía ancestral tomó un ritmo que llegó a la ciudad con Margot Loyola y luego Violeta Parra. Cuando penetra hasta las raíces y las recobra, cuando reviven los aires que entonó el primer chileno en el siglo XVI y lo retoma el del XIX, quiere decir que el pueblo redescubre de algún modo su identidad. Reverdecen los cantos de antaño. Se les suman trinos nuevos, entrañables, vernáculos que se darán la mano con los antiguos romances preclásicos hispánicos. De esto sabe mucho Gabriela Pizarro.

Lo que sucedía formaba parte de la turbulencia del mundo. Chile había dejado de ser una lejana provincia sorda. Los ecos del estruendo de la Segunda Guerra Mundial se oían cada día. Nos sentimos parte de la contienda. Un hecho sintomático: en la función matinal con que se estrenó en la Galería Imperio el Teatro Experimental, todos los asistentes fuimos estremecidos por la noticia que Hitler había invadido la Unión Soviética hacía unas horas.

LOS TRES DE LA FAMA

Hubo escritores que no se quedaron atrás. Sobrevino el despuntar de una nueva literatura con acento social. Reflejó el fin y también el comienzo de algo. El fenómeno no era una excepción en América Latina. La generación que precedió la del "boom" comenzaba a escribir desde México hasta Chile una ficción realista, fresca, original. El continente, y de algún modo el planeta habían vivido la Gran Crisis. Esos escritores se formaron bajo su signo leyendo con pasión a los rusos, escandinavos, alemanes. Aprendieron igualmente de la narrativa norteamericana.

En la Casa del Gran Dinero, con la crisis del 29, se desarrolló una revolución literaria que cambió las letras del país. Las novelas denunciantes y poten-

tes de Theodor Dreiser nos pintaron la otra cara del Tío Sam. Sherwood Anderson, con su *Winesburg Ohio*, señaló una variación en el modo y el método. Se metía dentro del hombre y lo sacudía hasta los tuétanos. Surgió todo un movimiento. Nos embarcamos en la lectura de Sinclair Lewis, John Dos Passos, Upton Sinclair, Erskine Caldwell, Agnes Smedley. Hemingway era otro cuento aparte, con su amor, su odio, su violencia. Una medianoche de 1938 me topé de repente en una calle de Nueva York con Mike Gold. Yo había leído con asombro sus *Judíos Sin Dinero*. Anunciaba una literatura que quería ser "proletaria", como entonces se decía ¡Oh léxicos envejecidos tan velozmente! Eran todos muy distintos; pero conformaban una tendencia, una escuela de literatura vital, convecida que la verdad, la humanidad y la ternura formaban parte del tejido de la vida y de la fantasía novelesca.

Los Hombres Oscuros fue el disparo que dio la señal de partida a la carrera, a una etapa diferente de la narrativa en esta Finiserra llamada Chile.

La historia impregnó con más fuerza la sensibilidad de una nueva hornada de autores. Querían tomarle el pulso al pueblo, escribir al compás de sus existencias aporreadas. Tomaron el partido de los descontentos. Trataron de ser escritores del poverrio, del trabajador del campo y la ciudad, del hombre de las minas, del sur y del norte.

Un concurso literario de la Municipalidad de Santiago, que celebraba el Cuarto Centenario de la fundación de la capital, vino a destapar y a certificar en un sólo día la irrupción de un nuevo momento en las letras chilenas.

El jurado premió simultáneamente tres libros que causaron sensación e hicieron época de inmediato. Revelaron de un golpe a tres grandes. Francisco Coloane, con su *Cabo de Hornos*; Reinaldo Lombay, con *Ranquil*, y Nicomedes Guzmán con *La Sangre y la Esperanza*.

La Patagonia, las tundras del fin del globo, el hombre en situación límite, el ovejero, el cazador de lobos se incorporaban a la sociedad de los pobres con su

El hombre perspicaz que había en el poeta trazó en cuatro párrafos la síntesis del plebeyo. Ese retrato interior del autor de "los chilenos, de abajo" lo puso muy arriba, porque él lo merecía.

"Cuando Nicomedes Guzmán -escribió Neruda- descargó sus libros tremendos, la balanza se vino abajo porque nunca recibió un saco tan verdadero. No era un costal de joyas. La verdad pesaba como una piedra. Los dolores llenaban aquellos libros andrajosos y deslumbrantes que se nos echaban a la conciencia".

Así se nos echaron a la conciencia en 1939 *Los hombres Oscuros*. Por allí pasaban como sombras Gorki, Manuel Rojas, González Vera. Pero era otra voz. Otra época. Era el 38, en Chile una fecha divisoria.

Pocos meses antes había triunfado el Frente Popular. Don Pedro entró a la Moneda. Alguien dijo que estaba amaneciendo. Si, un Chile con Pan, Techo y Abrigo según un lema muy coreado. Había otros. Todavía no se usaba la palabra "slogans". Por ejemplo, "Chile para los chilenos". "Un Chile Grande y Feliz" anunció un orador fervoroso llamado Elías Laferte. Esa frase provocó la hilaridad de los que lo escuchaban allá, en

Ciudad de México, al final de su destierro. "Un Chile libre y democrático" se gritaba por las calles. Parecía un sueño alcanzable. El país mostraba todavía rasgos semif feudales. Y nadie imaginaba que 45 años después pudiera sobrevenir algo peor. La consigna de un Chile que fuera "asilo contra la opresión" no pareció tan vacía cuando atracó el Winipeg en Valparaíso. Algo se agrietaba en el viejo muro del conservantismo.

No todo era utopía. Se hicieron cosas nuevas. Para hablar sólo de un aspecto, hubo cambios en la cultura. De vuelta de España en guerra Neruda creó la Alianza de Intelectuales, donde tuvo cabida todo el generoso espectro democrático. Dio un impulso a la Sociedad de Escritores. Poco después pasó a dirigirla el novelista Alberto Romero. Las compañías españolas con sus dramones del 900 dejaron de dar la pauta. Surgió el Teatro Experimental, con un iluminado a la cabeza, Pedro de la Barra. La denominada "música culta" salió de los salones aristocráticos. Se modernizó el Conservatorio. Armando Carvajal dejó de tocar en Gath y Chávez a la hora del té y tomó la batuta de una recién nacida Orquesta Sinfónica. La danza moderna daría pronto sus primeros pasos. El Ballet Joss con *La Gran Ciudad* y *La Mesa Verde* abrió

gran aventura. Inmediatamente se habló de un Jack London chileno, operando en los confines magallánicos. Sus personajes eran los navegantes solitarios, los merodeadores o descubridores de la Antártica. Era la odisea de la Tierra del Fuego. Era Coloane.

En otro espacio, muy selvático, estalla la insurgencia campesina en zonas cordilleranas, con nombres en mapudungun: Lonquimay, Ranquil. Estábamos pendientes de la historia que contaba el libro. Un hijo de colonos, que, como Neruda, había estudiado francés en el Pedagógico, Leiva Tapia, especie de preanuncio del Subcomandante Marcos, encabezaba la insurrección agraria de hace 60 años. Ese era el tema de la fuerte y cruda novela de Lomboy. ¡Fue un campanazo! ¡Una bomba!

Mariano Latorre sostenía que en Chile el campo es el habitat natural de la literatura chilena. En su obra sólo *La Paquera* parece tener una ubicación urbana.

Pero por las páginas de Nicomedes se colaba el suburbio. Ya lo había descrito un inconformista nacido en casa rica, Joaquín Edwards Bello, con *El Roto*. Un soñador evasivo, cambiante y entonces bajo el influjo de Zola, D'Halmar, lo había hecho en su *Juana Lucero*.

Pero ahora entraban con sus dolores y sus olores, con su terrible humanidad los arrabales en persona, el Santiago pululante y populoso de la pobreza. Al leer *La Sangre y la Esperanza* uno se decía: ¡Aquí está la verdad! ¡La vida! Esa vida.

Neruda, al leer a Nicomedes Guzmán, novela dolorosa y mágica dejó constancia que lo sintió como una herida y un viento que soplaba hacia el mañana.

"Su susurrante dulzura (habla de los versos de *La Ceniza y el Sueño*), pareciera no convivir con las cicatrices que nos imprimió *La Sangre y la Esperanza*, pero es el signo de grandeza que el escritor que nos revelara el infierno de las calles de Chile tenga otro sello de errante desvarío, sueños y cenizas que le agregan la infinita dimensión de la poesía".

EL LUGAR DE LA TERNURA

Nicomedes definió mejor que nadie con su novela el camino que habría de seguir una generación entera, llamada del 38.

Es de los pocos escritores chilenos de origen proletario. Siempre fue fiel a su cantera, leal a su raíz.

Tenía una cara de niño con ojos atónitos. Tal vez ahondaba la sorpresa de su mirada el absurdo de un mundo que lo marginaba, junto a sus personajes, por ser un hombre que tejía sueños verídicos.

El reinado del dinero le dio con la puerta en las narices. Lo recuerdo corriendo (fue fondista del Club Royal). Al fin y al cabo la vida es una maratón con obstáculos. Corrió esa carrera de largo aliento haciendo cosas. Este hiperkinético de bolsillos vacíos corría buscando el pan. Trabajó en todo lo que se le puso al alcance de la mano. Como hombre y escritor acuñó una filosofía de signo +

"Creo que la literatura tiene una responsabilidad vital -explicaba-, crear el

clima propicio a la paz, al mejor entendimiento entre los hombres, esto a trueque de describir sus luchas, decir sus verdades, incidiendo, incluso en lo que hay en los seres de corrosivo, enfrentando los aspectos de negación humana, con las virtudes, particularmente la ternura, que, a mi entender, es el don más varonil del hombre, el basamento de todos los actos de la existencia. La ternura es el origen de los mejores méritos humanos. El trabajo mismo, sin ternura que derive hacia la pasión, no tendría razón de ser, como el amor, como el ansia de superación... Existo luchando. Y, si hubiera de lamentarme, no sería por mí, sino por los demás, por mi pueblo, que se merece un destino que tendrá que lograr algún día".

De Nicomedes hoy, a ochenta años de su nacimiento y a treinta de su muerte, entre el ir y venir de los días, conservo la imagen de una de sus últimas tardes en que me fue a ver. Habló con una desesperada esperanza. Me dijo su deseo de ir a Cuba para ver si allí se curaba.

Ahora Nicomedes está aquí en la Sociedad de Escritores, en una reunión donde habla la memoria del corazón. Vivió exactamente cincuenta años y un día. La frase parece una condena a cadena, a presidio perpetuo. ¿O a silencio perpetuo?

En estos días debería hacerse una evocación generalizada de su obra y de su personalidad, digna de un gran recuerdo nacional. Deberían reeditarse todos sus libros. Tendríamos que honrarlo, leerlo en escuelas y universidades, tocar por él el pito de las fábricas. Sería justiciero poner el nombre de Nicomedes Guzmán a la calle Cumming por donde tanto transitó. Bautizar con el nombre de *La Sangre y la Esperanza* algún puente del barrio Mapocho. Quien compiló el *Autorretrato de Chile* es el hombre con mayúscula en la cultura patria, recuperador insigne de la identidad nacional.

Mezquino es este país con un escritor que era puro pueblo, rebelde esperanzado. Y más mezquino que nunca en estos tiempos grises donde lo único que importa es el dinero, cuando se adoran falsos dioses y se acallan los valores auténticos.

Lo veo caminando por las calles de Santiago, con sus amigos, los escritores que editaba en la Colección "La Honda".

Lo veo con su cara redonda, un poca ingenua, conversando con Mario Ferrero y Julio Moncada. Y lo echamos de menos.

Nicomedes está plantado como una araucaria de la cordillera de Nahuelbuta en lo profundo de la literatura chilena. Nadie conseguirá arrancarlo. Porque es un hombre de raíces. No ha llegado todavía su día. Como no ha llegado el día de su pueblo. En su obra está su sangre. En su corazón la esperanza.

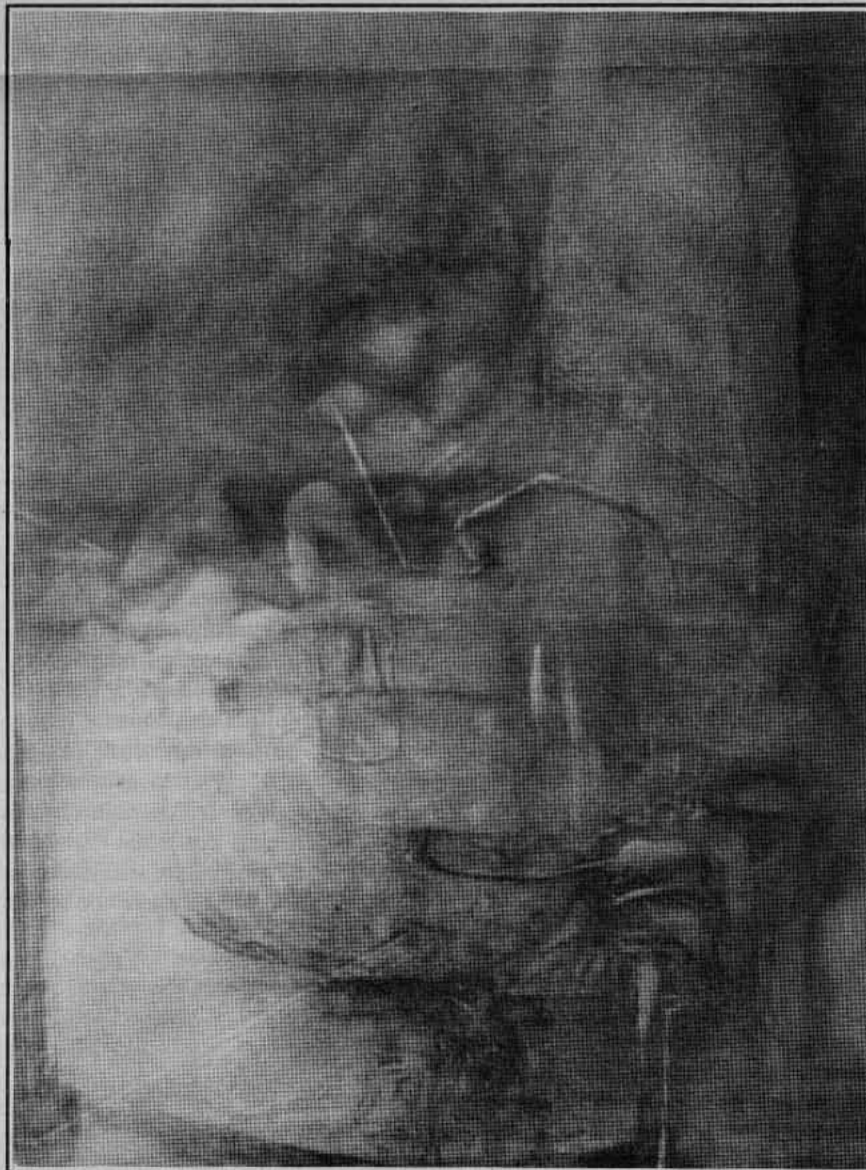
Como dijo el poeta:

"Se identifica una vez más como escritor victorioso, una vez por la conciencia inapelable y otra por los sueños irrenunciables".

*Palabras pronunciadas en los 80 años de Nicomedes Guzmán, SECH, Santiago, julio de 1994.



Vicente Rojas: "Lagartija". Acrílico.



Gustavo Riquelme: Oleo.

